

PINZÓN

EN EL DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS (1)

POR

D. CESAREO FERNÁNDEZ DURO.



ESPACHADO Colón de la corte, quedá- bala todavía no poco que hacer. Tuvo dinero, autoridad y apoyo efectivo para el armamento de la expedición. La misma villa de Palos, donde reverdecía su esperanza marchita, había de proporcionarle, de orden de los Reyes, dos carabelas equipadas, y las embarcaciones dieron sin objeción ni resistencia los alcaldes..., los hombres no pudieron dar, no encontrando ninguno que se prestara de buen grado a las insinuaciones.

Creeríase por los hechos que el futuro Almirante se estimaba por tal a favor de las cédulas que llevaba en la escarcela, y que hubo de olvidar un tanto los beneficios recibidos a orillas del Odiel, juzgándose allí en disposición de prescindir de los que afectuosamente se los habían dispensado. A su requerimiento acudieron el continuo Juan de Peñalosa y el corregidor Juan de Cepeda, apremiando y compeliendo a la gente a embarcarse. No hablaban los despachos sino de ir «a algunas partes de la mar oceana sobre cosas muy cumplideras a servicio de Dios e de los Reyes.» Mas ¿quién había de ignorar en aquel puerto la empresa que en él se amasó? ¿A quién engañaría la prevención de acopiar mantenimientos para un año? Sin género de duda se trataba de viaje semejante al de las carabelas del Rey de Portugal, que una y otra vez se volvieron sin topar con tierra, ahora dirigido ¿por quién? por el advenedizo que vieron llegar a la Rábida y recibir limosna del sustento de mano de los frailes. Locura fuera ponerse a su albedrío jugando la vida.

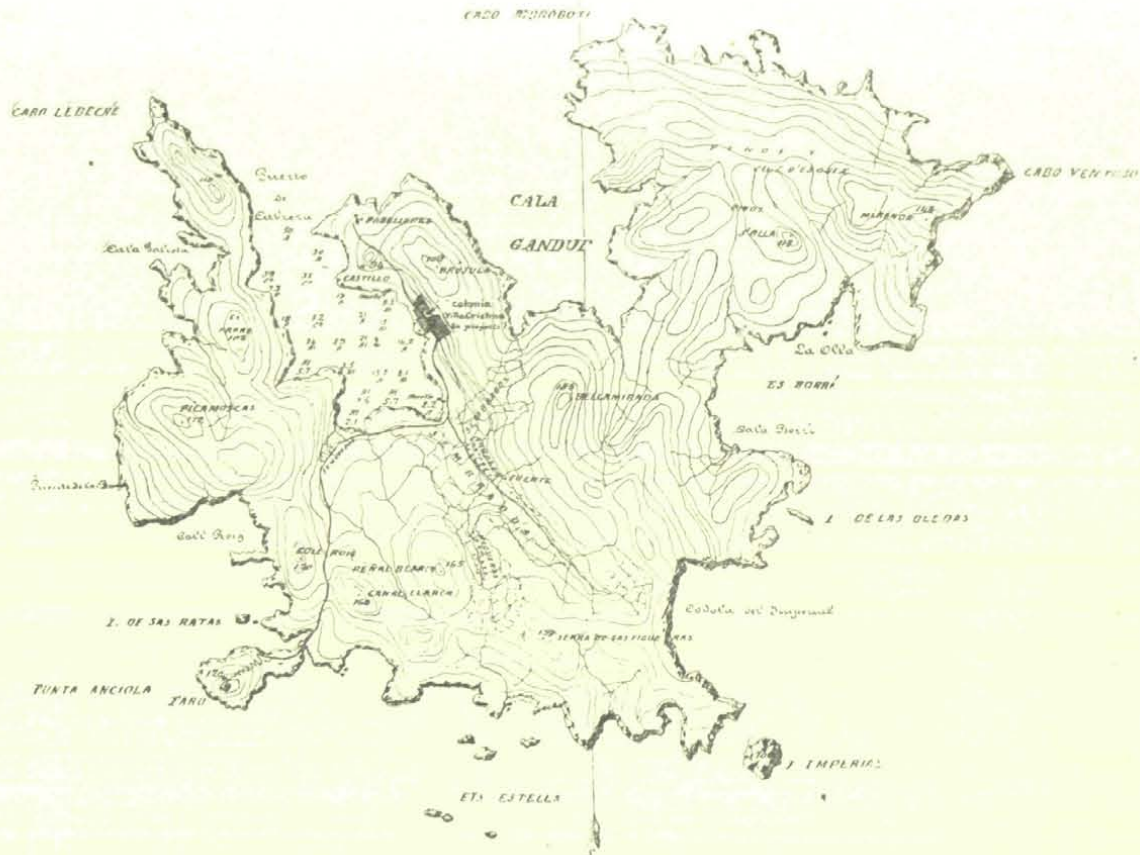
Condensada esta opinión en el pueblo, no era poderosa la amenaza, ni la violencia a que llegaron los ejecutores de las órdenes reales aprestando la artillería del castillo, para vencer la resistencia pasiva de hombres que, con ausentarse, burlaban la aparente sumisión. Don Cristóbal se persuadió de la inutilidad de las medidas extremas, sin convencerse todavía de que no le quedarán otras que tentar por recurso. Discurrió valerse de criminales, indagando la voluntad de los presos de la cárcel; solicitó y obtuvo provisión mandando suspender el conocimiento de las causas de aquellos que le acompañaran, porque expresaban los Reyes, «para fazer cosas cumplideras a nuestro servicio, e para llevar la gente que ha menester en tres carabelas que lleva, diz que es necesario dar seguro a las personas que con él fueren, porque de otra manera no querían ir con él al dicho viaje; e por su parte nos fue suplicado que ge los mandásemos dar, e Nos tuvimoslo por bien.»

Cuán grande era la convicción, cuánto el aliento del insigne marino, dice elocuentemente la resolución de lanzarse a la mar con barcos cualesquiera, tomados al azar y tripulados con malhechores, antes que desistir de la empresa en las alturas a que había llegado. En la perseverante decisión, el empeño de salir del puerto velaba a sus ojos la racional perspectiva de volver a él sin resultado, comprometiendo definitivamente el crédito, arriesgando aquello mismo que ya había conseguido, sin vislumbre ni remota probabilidad de alcanzarlo por segunda vez tras un desengaño que malograra los gastos del armamento. Conocidas las ocurrencias de la expedición efectiva, no es aventurado presumir el desastroso fracaso que amagaba al extranjero, de haberse confiado a la escoria de la sociedad de aquellos tiempos.

Por dicha, conocida, ya que no confesada, la impotencia, la benéfica intervención de los frailes de la Rábida y la ingerencia desdeñada hasta más no poder por la egoísta aspiración de gloria sin extraña participación, émula de la gratitud, volvieron a sentirse con oportunidad. Gracias a las razones persuasivas de fray Juan Pérez, Cristóbal Colón acudió de nuevo a la buena voluntad de Martín Alonso, asociándole a la empresa, y tomando éste a su cargo desde entonces lo que importaba más, ó sea el armamento y equipo de naves, con el ascendiente y popularidad de su persona; con el empleo de su actividad, de su palabra y de su bolsillo, las dificultades se vencieron.

Las carabelas primitivamente embargadas fueron sustituidas por otras dos de entera confianza, pertenecientes a los que habían de ir en la expedición; se fletó además una nao de Cantabria, fuerte y buena, y si al convocar los marineros, no pocos se negaron todavía a embarcar por natural recelo de

(1) Véase el número anterior.



desempeñando brillantemente su cometido en las costas orientales de la isla de Mallorca.

La abundancia y precisión de detalles que en el plano anterior se observa, al propio tiempo que ofrece al lector el medio de enterarse de un modo exacto de la consistencia del mencionado grupo de islas, da gallarda muestra de los trabajos de la citada Comisión Hidrográfica, honra del cuerpo general de la Armada, al que pertenecen el ilustrado comandante que la dirige y los dignos oficiales que la forman.

Damos también en la pág. 52 un grabado (según fotografía) que representa el puerto de la isla de Cabrera visto desde el fondo del valle situado al Sudeste del mismo puerto.

En primer término pueden notarse los viñedos plantados en el valle, y la carretera que desde el puerto conduce a una de las fincas de reciente creación, y otros detalles parecidos; en segundo término ofrécese el puerto con su boca ó entrada que domina el castillo situado a su derecha.

El punto designado con una A es el que deberá ocupar Villa-Cristina, cuyas primeras casas se hallan ya en construcción.



ROMA.

Inauguración del monumento sepulcral del papa Inocencio III.

El actual pontífice León XIII ha hecho construir a sus expensas, en la basílica Lateranense de Roma, un artístico monumento sepulcral para guardar las cenizas del papa Inocencio III, que reposaban en Perugia.

La vida de este insigne Pontífice, que ocupó la silla de San Pedro por espacio de diez y ocho años, de 1198 a 1216, la resume en breves frases un docto historiador eclesiástico, del siguiente modo: «Durante varios siglos, antes y después de Inocencio III, la Iglesia Católica no ha tenido un pontífice que más haya brillado por sus virtudes, por la pureza de sus costumbres, por la extensión de sus conocimientos y por los eminentes servicios que prestó a la Iglesia, asegurándola gran influencia en todos los Estados de Europa.»

El monumento, proyecto que formó León XIII cuando era obispo de Perugia, ha sido hecho en San Juan de Letrán en memoria del respetuoso afecto que Inocencio III profesó a esta basílica, fundada por el emperador Constantino; es obra del escultor Sacchetti, y está situado a la derecha del peristilo del nuevo ábside del templo; la estatua yacente del Pontífice ocupa un lecho marmóreo en la parte superior, bajo un relieve que representa al Redentor del mundo y entre las estatuas de San Francisco de Asís, fundador de la Orden franciscana, y del español Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, institutos aprobados y autorizados por el ilustre papa Inocencio.

La misa pontifical de inauguración fué celebrada por el cardenal arcepreste Sr. Monaco de Lavalletta, asistido del Capítulo lateranense y con acompañamiento de la Capilla pontificia; y el mismo prelado oficiante dió la bendición al monumento, en presencia del cardenal Sr. Rampolla, representante de Su Santidad León XIII, y de otros distinguidos miembros del Sacro Colegio, de comisiones de las Órdenes religiosas franciscana y dominica, de varios delegados de la ciudad de Perugia y de gran muchedumbre de fieles.

Nuestro segundo grabado de la pág. 52 (hecho por dibujo del natural del apreciable artista D. Hermenegildo Estevan) representa el acto solemne de la bendición del monumento por el cardenal Sr. Monaco de Lavalletta.

ALBERTO WOLFF,

crítico de letras y artes, redactor de *Le Figaro*.

Alberto Wolff, el brillante *figarista*, maestro de la crónica parisiense, ha fallecido en París, a la edad de sesenta y cinco años, el 22 de Diciembre de 1891.

Wolff (véase su retrato en la pág. 53) nació en un pueblo cercano a Colonia (Prusia) el 1.º de Enero de 1827, y estudió filosofía y letras en la Universidad de Bonn, y pin-

tura en la Escuela de Bellas Artes de Dusseldorf; sus primeras obras literarias fueron dos libros titulados *Viaje humorístico por las orillas del Rin*, que el mismo ilustró con bellos dibujos, y una serie de *Cuentos de niños* para el editor Winkelmann, de Berlín, con los que ganó dos premios en concursos literarios de Stuttgart y Hamburgo; llegó a París en 1857, para estudiar el *Salón* de aquel año como corresponsal y crítico de Bellas Artes de la *Gaceta de Aushurgo*, «y se hizo tan parisiense (escribe *L'Illustration*), que el director del periódico, fiel alemán, en cuanto recibió la segunda correspondencia, se privó de los servicios literarios de Alberto Wolff.»

El insigne novelista Alejandro Dumas, por virtud de eficaz recomendación del famoso Offenbach, paisano y aun algo pariente de Wolff, protegió entonces a éste: dedicado ya a la literatura francesa, el colaborador cesante de la *Gaceta de Aushurgo* fué sucesivamente secretario del autor de *Los Tres Mosqueteros*, traductor de las obras de Dumas (hijo) al idioma alemán, empleado en las oficinas de un agente de Bolsa, redactor del *Charivari*, del *Nain Jaune*, del *Événement* y, por último, del *Figaro*, donde empezó a publicar sus interesantes *Chroniques*, las cuales, coleccionadas más tarde, forman seis volúmenes con el título general de *Mémoires d'un Parisien*, y uno de ellos, el denominado *La Capital del Arte*, encierra sus estudios sobre los pintores y escultores modernos, principalmente franceses.

Durante la guerra franco-alemana Alberto Wolff se retiró a Bélgica, y se le acusó, tal vez sin fundamento, de haber servido de corresponsal literario a un periódico alemán; pero después del tratado de paz regresó a París, y pidió la nacionalidad francesa, como *excoído*, según él decía, en 1871, y volvió a ocupar su antiguo puesto en la redacción del *Figaro*.

Pocos meses hace, a la muerte de Augusto Vitu, sabio autor de la obra *Paris*, Alberto Wolff se encargó de la crítica dramática en aquel periódico, y trabajó con asiduidad y con entera independencia hasta sus últimos días; formulando su última voluntad, al sentirse herido por la rápida y cruel dolencia que le llevó al sepulcro, en estos términos: «Como prueba de afecto y de gratitud a Francia, mi país de adopción, mi verdadera patria, quiero ser inhumado en París, para naturalizarme definitivamente en tierra francesa.»

Alberto Wolff, que también escribió en los periódicos *Le Gaulois*, *L'Acceir National*, *L'Indépendance belge*, *L'Univers Illustré* y otros.



EL HAMBRE EN RUSIA.

Ante las crecientes dificultades que encuentra el Gobierno ruso para contrarrestar los estragos del hambre en las provincias del Sudeste, los agentes imperiales visitan pueblos y aldeas con objeto de efectuar una requisición de ganados y de cereales, invocando el *salus populi*; he ahí el asunto de nuestro segundo grabado de la pág. 53, que representa la llegada de un oficial y dos soldados cosacos a una aldea, para llevar a cabo la exploración de graneros.

El hambre aflige principalmente las provincias comprendidas en la vasta llanura denominada *Gran Rusia*, al oriente del Volga, ó sean las de Tula, Orel, Riazan, Tambov, Voronej, Kursk, Saratov, Samara y otras, cuya población excede de veintiséis millones de habitantes; y como la navegación por el Volga está cerrada, a causa del hielo, los transportes de cereales se verifican trabajosamente por caminos cubiertos de nieve.

La caridad, no obstante, acude con grandes socorros a mitigar la situación aflictiva de aquellas provincias: pocos días hace el Comité central de socorros, presidido por el Gran Duque heredero, ha resuelto comprar 10.000 caballos para enviarlos, en la próxima primavera, a las provincias más perjudicadas, a fin de que los labradores emprendan en tiempo oportuno los trabajos campestres.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.